

LO QUE EL VERANO DEJÓ

Hace más de medio siglo, el sur de Nueva Jersey se convirtió en destino turístico de moda. Hoy vive en un invierno casi metafísico

TEXTO_Xavi Sancho

Motel dulce motel



Arriba a la derecha, piscina con elefante y océano Atlántico al fondo (Viking Motel). Sobre estas líneas, minigolf con palco en azul y rojo (Gold Crest Resort Motel). Abajo, tormenta en la rampa que lleva al Caribe (Caribbean Motel).



A FINALES DE LOS AÑOS CINCUENTA se inauguró en el estado de Nueva Jersey la Garden State Parkway, una autopista de peaje que recorría sus 277,7 kilómetros de costa, desde su frontera norte con el estado de Nueva York hasta su extremo más meridional, Cape May. A pocos kilómetros de este punto, alrededor de la localidad de Wildwood, empezaron a construirse moteles. La nueva vía acortaba el trayecto hasta esta zona de playas desde Nueva York o Filadelfia y se esperaba un aumento del turismo estival. Así sucedió. Se llegaron a construir hasta 300 moteles en un radio de apenas 15 kilómetros. Con la idea de transportar a los turistas a un lugar mucho más lejano que el destino al que habían accedido

tras unas horas de ruta, estos establecimientos adoptaron nombres tan exóticos y sugerentes como Waikiki, Casa Bahama, Singapore o Caribbean. Casi todos fueron construidos adaptando los principios del modernismo que imperaba en Europa a una cultura obsesionada con las cuatro ruedas como la estadounidense: para que los turistas no sintieran ningún tipo de ansiedad, se idearon edificios en los que todas las habitaciones tuvieran vistas al parking con el fin de que los huéspedes pudieran tener siempre su vehículo controlado.

“En los últimos 15 años se han derribado la mitad de estas construcciones. Han sido sustituidas por torres de apartamentos. Me parece que esto va a seguir sucediendo, a pesar de que cada vez hay más gente interesada en estos moteles, luchando por preservarlos”, apunta Tyler Haughey, fotógrafo nacido en esta zona. Hace cinco años, mientras recorría Wildwood con el fin de documentarse para un trabajo de la Universidad tuvo un momento proustiano al pasar por delante de uno de estos moteles. Formaban parte de los veranos de su infancia y hoy son el corpus de EBB Tide, un proyecto que busca llamar la atención sobre estas piezas únicas a través de fotografías y textos. Con el fin de enfatizar lo deliciosamente pasados de moda que están, Tyler ha decidido retratarlos fuera de temporada, en esos nueve meses de invierno durante los cuales los que aún siguen en pie permanecen cerrados. Palmeras en la nieve. Minigolf bajo el huracán. Lluvia sobre la piscina con forma de riñón. “Crecí en Nueva Jersey, y esos meses de tranquilidad cuando ya se han ido los turistas son algo muy preciado”, apunta el autor. Donde el visitante ve desolación, el lugareño halla paz. *